

niño es mas fértil. Algunos soldados ingleses enviados á una aldea hallaron en ella veinte y cinco niños confiados á sacerdotes encargados de engordarlos, para destinarlos mas tarde al infame uso que acabamos de referir <sup>1</sup>.

El antiguo Paganismo hacia del hijo una víctima. ¡El nuevo hace de él un abono!

Niños, dad gracias, mil gracias al Dios salvador que, para arrancaros de tanta tiranía, se dignó hacerse niño él mismo. Entre los que leeréis estas líneas quizás habrá mas de uno, acaso muchos, que solo al Cristianismo deberán su existencia y conservacion.

## CAPÍTULO IX.

*Historia de la Familia en Asia. — China.*

Hémos aquí á las puertas de ese misterioso imperio que Voltaire y su escuela ensalzaron tanto. Merced á este tejido de elegantes embustes, el pueblo chino fue para mas de un europeo el bello ideal de la perfeccion. La táctica de la filosofía incrédula llevaba un doble objeto: colocar nuestros Libros santos en una falsa posicion oponiéndoles cronologías mas antiguas y mas ciertas; y mostrar la inutilidad del Cristianismo para la civilizacion de los pueblos. En cuanto á las tablas cronológicas del Celeste Imperio, la ciencia actual ha hecho buena y pronta justicia <sup>2</sup>. Sabido es que los Jesuitas tuvieron que enseñar á los chinos á hacer calendarios, y otras mil cosas de que no tenian noticia entre los conocimientos cuási infinitos con que Voltaire honra á los descendientes de Fo-hi.

<sup>1</sup> Este hecho está consignado en los periódicos ingleses de 1840.

<sup>2</sup> William John, *Asiatic Researches*; Abel Remusat, *Memorias sobre los chinos*; Klaproth. — Mr. Delambre habla en estos términos de las tablas astronómicas de los chinos, base principal de su pretendida cronología: « Los caldeos, dice, los chinos y los indios ignoran la astronomía matemática... No poseemos monumento alguno algo antiguo de sus conocimientos. Todo se reduce para los chinos y los indios á obras bastante modernas; en cuanto á los caldeos y egipcios, solo se citan en su favor algunos testimonios vagos é insignificantes de escritores poco competentes en estas materias... No hay medio alguno para formarse una idea exacta de la ciencia de los antiguos en astronomía: Si ella ha existido, se han perdido las pruebas.» (*Hist. de la Astronomía de la edad media*, Disc. preliminar.).

¿Trátase de la civilizacion propiamente dicha que consiste en el conocimiento y la práctica de las virtudes sociales? Vamos á juzgarlo por las costumbres públicas y privadas de los chinos. Hé aquí el cuadro que nos trazan nuestros misioneros.

Varias veces hemos tenido ocasion de citar el testimonio de esós hombres admirables: bueno es, puesto que vamos á invocarlo, que apreciemos su valor. El misionero no es un viajero que habla de un país de que nó ha visto sino la superficie, rápidamente, y desde la portezuela de su coche; tampoco es un viajero que solo ha permanecido por mucho tiempo en una ciudad particular, en un puerto de mar, ignorando con frecuencia la lengua del país, ó conociéndola imperfectamente; no juzgando de ordinario sino de oídas; no estando en relaciones personales mas que con un corto número de habitantes; en fin, contentándose con estudiar el país bajo el punto de vista comercial ó científico, raras veces bajo el punto de vista moral.

Muy diferente es el misionero. No ha habitado una sola poblacion, sino muchas; tampoco se ha contentado con cruzar rápidamente el país; lo ha recorrido en todas direcciones, las mas veces á pié, y ha permanecido en él largo tiempo. Su ministerio le ha hecho necesario estudiar la lengua del país; se ha puesto en relacion con todas las clases; se ha iniciado en todos los detalles y secretos de la vida íntima: ha visto el bien y el mal con sus propios ojos, lo ha tocado con sus manos: se ha identificado con el pueblo, en cuyo guia y padre se ha convertido. Hombre instruido y modesto, su vida entera deponen en favor de su veracidad.

Esto dicho, vengamos al cuadro de las costumbres generales del imperio chino que los misioneros nos han dejado. Se nos permitirá publicarlo, como una nueva prueba de la ciencia y buena fe filosófica del último siglo, y como una indicacion prévia y necesaria para apreciar el estado de la familia en la patria de Confucio.

« Si los hombres que desconocen en Europa los beneficios del Cristianismo, y que no han medido la profundidad del abismo de que saca á las naciones, podian ver lo que pasa en la China en pleno dia y á la faz del cielo, prestarian seguramente un tardío, pero sincero homenaje, á la Religion, única capaz de poner término á tan increíbles torpezas. La justicia se vende á pública subasta, el oro abre todas las conciencias, el dinero rompe las



«cadenas de los culpables y la prohibición de la ley, los empleos públicos son objeto de un vergonzoso tráfico.

«Nada es mas comun, por ejemplo, y nada llamará mas quizá la atención en Europa que los edictos publicados por los mandarines contra el comercio del opio. Han descargado todos los anatemas de la moral de Confucio y todas las amenazas del Emperador sobre los comerciantes nacionales ó extranjeros que introdujesen en el Celeste Imperio el uso de este detestable veneno. En el fondo solo deseaban obtener su monopolio. Veo todos los dias con mis propios ojos las barcas de los mandarines que vienen á buscar el opio al buque en que estoy embarcado. Si algunos pretenden hacer otro tanto, están obligados á pagar cien francos por caja al mandarín. ¡Desgraciado del temerario que, hallando el derecho sobrado alto, se arriesgase á los peligros del contrabando! Se le prenderia y se le arruinaría con condenas pecuniarias; se confiscaría el opio en beneficio del tesoro imperial, pero cuidando de no denunciar en el proceso sino la octava parte de lo que se cogiese: el resto es para el honrado y benéfico magistrado. Hace poco he visto reducir á mil quinientos francos para el tesoro una presa que debía producirle de seis á setecientos mil.<sup>1</sup>»

En ese pueblo eminentemente codicioso y astuto todo se vende, porque todo se compra. «El mal, continúa el misionero, ha descendido de las mas elevadas esferas del Estado hasta el santuario de las mas ínfimas familias. Ayer fui á dar un paseo en las montañas de la isla de Lin-ting. Al bajar encontré una madre en la playa que me instó mucho para que la comprase su hijo. La abuela me importunó tambien. El padre estaba presente, y aguardaba con indiferencia la conclusion de la venta. La de los hijos es tan frecuente en la clase baja del pueblo, que una madre no se considera deshonrada por ello. No; jamás semejantes abusos, jamás semejantes costumbres se naturalizarán en nuestro suelo fecundado por el Evangelio. Pero si fuese posible que muerta en Europa la influencia cristiana, que la ha preservado hasta ahora de tales horrores, los adoptase algun dia, sus filósofos harían lo que los literatos chinos, los mirarian con indiferencia, y los

<sup>1</sup> Carta del P. Faivre, 28 febrero 1838. *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 69, pág. 186.

«imitarian sin remordimiento. Por lo demás, es fácil conocer que el imperio de la China es un cuerpo sin alma; es como el cadáver de un gigante. Si tiene algun medio de salvacion, es sin duda el de inspirarse en el principio cristiano que regenera hombres y pueblos.<sup>1</sup>»

Después de esta mirada general á las costumbres chinas, examinemos la historia de la sociedad doméstica. Aquí tambien vamos á obtener nuevas pruebas de la divinidad del Cristianismo, y á hallar poderosos motivos de reconocimiento por el Dios nuestro Salvador y por la Iglesia católica, su incorruptible esposa. Todas las llagas que en el Paganismo antiguo y moderno deshonran á la sociedad doméstica, se hallan en la familia china. Despotismo y sensualismo, tal es el principio, el medio y el fin de su historia.

Como el pagano de la antigüedad, el chino no ve sino lo que hay de material en el matrimonio. Todos están obligados á casarse: esta es su mas importante obligacion. Un padre cree su honor comprometido, si no casa á sus hijos. Cada uno de ellos puede tomar varias mujeres, bien que por lo general solo una tenga el título de esposa, y despachar las que han cesado de gustarle.<sup>2</sup> El concubinaje es tan comun, que muchas ciudades de la provincia del Kyang-nan son famosas por el infame comercio de desventuradas criaturas destinadas á este objeto. Así en la familia china, la constitucion primitiva de la sociedad doméstica es completamente desconocida: han desaparecido los grandes caracteres de unidad, moralidad, y hasta indisolubilidad. En fin, la ley autoriza el divorcio en muchas circunstancias<sup>3</sup>; y siempre lleva un carácter particular de opresion para la mujer. Si es ella la que abandona al marido, se la castiga con penas correccionales, después de las cuales le queda aun á aquel el derecho de venderla. Hé aquí algunos de esos casos de divorcio: 1.º La mujer que se hace incómoda por alguna enfermedad, está sujeta al divorcio, aun cuando esté casada desde mucho tiempo y sea madre de muchos hijos; 2.º la mujer que falta al respeto á su padre ó á su madre política; 3.º la mujer indiscreta; 4.º la mujer celosa. «Este caso de celos, añade el P. Navarrete, se presenta frecuentemente por efecto de

<sup>1</sup> *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 69, pág. 187.

<sup>2</sup> *Relacion del imperio de la China*, por el P. Navarrete, lib. II, c. 7.

<sup>3</sup> *China*, del P. Halde, pág. 300-303, y sig.



«extrañas cuestiones entre las mujeres. Unas se ahorcan, otras se echan á un pozo. Los doctores chinos deciden, apoyando su decisión en ilustres ejemplos, que un marido puede despedir á su mujer, solo porque llene la casa de humo, ó que regañe con sobrada viveza al perro <sup>1</sup>.»

¿No es esto la licencia romana en el siglo de Augusto, tal como la satirizó Juvenal? Y para que nada falte á la comparacion, es preciso añadir que la abominable conducta de Caton y la venta de la desgraciada mujer están consagradas por las leyes y autorizadas por las costumbres.

Tal es el cuadro de la familia china examinada en su constitucion. Fácil es comprender ahora la de los miembros que la componen. El padre es un déspota, ya cruel, ya caprichoso, licencioso, absurdo, cuási siempre orgulloso hasta lo ridículo.

En cuanto á la mujer, escuchad su historia: Desde la infancia disfruta ya de un privilegio de humillaciones y sufrimientos. Se la tortura para mutilarla los piés é imposibilitarla de servirse de ellos. Allí, como en otras partes, las hijas de Eva, vanas y crédulas, piensan que esta mutilacion es un adorno, y las desventuradas se esfuerzan aun por achicárselos mas. Unos celos bárbaros la condenan de esta suerte á no ser mas que un mueble de capricho. Es sensible, nos decia hace algunos meses uno de nuestros misioneros, ver á esas víctimas *de piés pequeños* obligadas, para andar, á apoyar sus dos brazos en las espaldas de una criada, y experimentar tal cansancio que les es imposible cualquier paseo algo largo. Á esta privacion de los miembros se añade la privacion de la fortuna. Como la ley romana, la ley china declara incapaces á las hijas de suceder á sus padres. El código del Celeste Imperio no permite dotar á las mujeres. Los padres pueden venderlas como viles animales (la ley condena este horror, pero la autoridad lo tolera), pueden hasta matarlas, pero no dotarlas. Solo los varones heredan. Si no hay mas que hijas, los bienes pasan de derecho al mas próximo pariente en línea masculina, á menos que el padre no adopte un niño. Una preocupacion bárbara hace considerar á las mujeres como una especie degenerada, inferior á los hombres. En las clases elevadas es donde mejor se observa ese estado de humillacion y servidumbre. No hay sino la religion cris-

<sup>1</sup> *Relacion de la China* por el P. Navarrete, lib. II, c. 7, pág. 66 y sig.

tiana, que en China como en el resto de Asia, suavice la suerte de las mujeres. Puédese decir que el Cristianismo las ha devuelto su estado civil. La diferencia entre las cristianas y las paganas es tan sensible, que los chinos llaman á la religion cristiana la religion de las mujeres <sup>1</sup>.

Así, en la casa paterna, esta costumbre tiránica entrega á la mujer como una cosa á merced del sexo fuerte. Seguid á la desgraciada criatura al salir de su hogar doméstico; veréis continuar pesando sobre ella el yugo del hombre con interminable dominacion. El matrimonio no es para la mujer china sino un cambio de despotismo, de suerte que la historia toda de su vida no es mas que la historia de su humillacion y envilecimiento. La casa de su marido es para ella una tumba viva. Apenas está autorizada para salir algunas veces á visitar á sus mas próximos parientes. Por lo demás, encerrada en el fondo de sus habitaciones, solo habla con las mujeres que la sirven. Los padres mismos no tienen libertad de hablarla sin testigos <sup>2</sup>.

El despotismo toma mil diversas formas para oprimirla en todas las circunstancias y épocas de su triste vida. Ya la prohíbe las segundas nupcias, bajo pretexto de deshonor; ya la obliga á casarse de nuevo. Así en las clases ínfimas, los padres del primer marido, para retirar una parte de la suma que la mujer le ha costado, pueden casarla de nuevo si no tiene hijos; lo cual no dejan de hacer con frecuencia. Á veces se ha encontrado ya marido y se ha pagado la suma, sin que ella lo sepa. Solo reembolsando á los parientes del primer marido, ó haciéndose *bonzesse*, condicion tan despreciable que abrazándola pierde su reputacion, puede librarse de acto tan opresivo. Tan luego como se han vendido de esta suerte las viudas, se las traslada al domicilio de su nuevo esposo. La prisa por deshacerse de ellas es tanta, que con frecuencia es causa de que se viole la ley que prohíbe la venta de las viudas antes de que terminen el luto <sup>3</sup>.

Nos parece que despues de la lectura de estos tristes detalles, los labios cristianos pueden solo abrirse para entonar un himno de reconocimiento y de eterno amor al Dios Redentor del mundo cai-

<sup>1</sup> *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 59, pág. 220, año 1837.

<sup>2</sup> *Memorias del P. Lecomte*, pág. 132.

<sup>3</sup> Du Halde, *ibid*.



do, y á María reparadora de su sexo; porque la mujer, la madre, la esposa es el alma de la familia, como la familia es el alma de la sociedad: el estado de la primera es el termómetro moral del mundo.

### CAPÍTULO X.

*Continuacion del precedente. — Estado de la infancia.*

Si insiguiendo en nuestras investigaciones alzamos el velo que cubre el estado de la infancia en el Celeste Imperio, es dudoso que nuestras miradas cristianas puedan sufrir semejante espectáculo. El corazón se indigna y se enternece á la vez; nos falta la palabra, y la pluma se nos cae de las manos. Probemos con todo de reunir los dispersos rasgos de un cuadro poco conocido. Es preciso, porque lo es que aprendamos de una vez á tributar un sincero homenaje á la Divinidad, á la caridad de la Religion que nos ha librado, á nosotros, hijos de Europa, y que nos preserva de los increíbles horrores que se cometen cada día en aquellos apartados países.

Como todos los pueblos antiguos, cuya ley suprema era el despotismo, los chinos se creen dueños absolutos de sus hijos. En consecuencia, los venden, hijos ó hijas, como si fuesen animales<sup>1</sup>. Sin embargo, la hija siente con mayor rigor aquí, como en todas partes, el peso del despotismo paternal. «Llegado que hubimos al pueblo de Amoy, dice un viajero, fuimos sorprendidos con el espectáculo de un recién nacido que habia sido expuesto á la muerte; y como preguntásemos qué significaba semejante espectáculo, se nos contestó friamente: «Es una niña.» La costumbre de ahogar á las niñas es general, y se practica sin el menor sentimiento de piedad, y á veces riendo. Preguntar á un hombre de alguna distincion, si tiene niñas, es una descortesía. Ninguna ley castiga la muerte de los hijos por mano del padre, porque este es dueño absoluto de cuanto nace de él<sup>2</sup>. Lo que es mas espantoso aun, añade un antiguo misionero, es que tanto las mujeres

<sup>1</sup> *Relacion del P. Navarrete*, lib. I, c. 20, pág. 47.

<sup>2</sup> Gutzlaff, *Journal of the voyages along the coast of China*, etc., pág. 142. Id. a *Sketch of chinese history*, pág. 46.

«ricas como pobres ahogan sus hijas, no bien las han dado á luz, «metiéndolas en un gran vaso destinado á este objeto: á veces las «dejan perecer de hambre. Calcúlase en diez mil el número de «niñas que esta bárbara costumbre arrebatá al Estado en la sola «ciudad de Lao-Ki<sup>1</sup>.»

La espantosa carnicería que presenciaron nuestros primeros apóstoles no ha terminado aun. El autor inglés de las *Investigaciones históricas sobre los chinos* habla de ella en estos términos: «Ó las comadronas ahogan á los niños en un estanque de agua «caliente, y se hacen pagar por este bárbaro acto; ó se les echa «al rio, despues de haberles atado algo al cuello que les haga flotar por algun tiempo antes de morir. Los gritos que entonces «dan, horrorizarían la naturaleza humana en cualquier otra parte; pero allí se está acostumbrado ya á ellos, y no causan impresión. El tercer modo de deshacerse de los hijos es el de exponerlos en las calles, por las cuales pasan todas las mañanas «carruajes, sobre todo en Pekin, en los que se ponen los expósitos, y se les va á echar á un foso que no se cubre con tierra, con «la esperanza de que los mahometanos irán á buscar algunos; «pero antes de que pasen esos carros, sucede con frecuencia que «los perros se los comen vivos. No he visto atrocidad semejante, «ni aun entre los antropófagos de América.

«Los Jesuitas aseguran que en el espacio de tres años han encontrado *nueve mil setecientos dos* niños destinados á la muerte; «pero ellos no han contado los que murieron en Pekin bajo los «piés de los caballos ó los mulos, los que fueron devorados por «los perros, ni los que fueron ahogados al salir del seno maternal, ni los de que se apoderaron los mahometanos, ni los de que «se deshicieron en lugares donde no hay Jesuitas para contarlos<sup>2</sup>.»

La misma carnicería se verifica en nuestros días con igual barbarie. Segun cálculos aproximativos, se calculan en setenta mil el número de niños expuestos cada año en los rios del inmenso imperio chino. En esta espantosa muchedumbre no van incluidos los que son ahogados antes ó despues de haber nacido. La imaginacion retrocede con espanto ante semejante estadística. Y sin em-

<sup>1</sup> *Relacion del P. Navarrete*, lib. II, c. 10, pág. 77.

<sup>2</sup> T. I, pág. 63. Esta obra no es sospechosa de favorecer el Cristianismo.— Véase tambien Torrens, *Reise nach China*, etc.